

miento de Mauss es coherente en su diversidad. Si pretendemos dividir su obra en trabajos perdurables y coyunturales encontramos que las referencias del propio Mauss y la línea de su pensamiento los entrelazan de tal forma que no cabe establecer válidamente una tal distinción.

Los campos en los que Mauss trabajó fueron bien diversos. Quizá los que se identifican más pronto con su personalidad sean los relacionados con la sociología religiosa, pero a partir de 1920 estos estudios fueron abandonados para concentrarse, por un lado, en la tarea de reconstrucción del sistema teórico de Durkheim, y por otro, en la extensión del trabajo sociológico a aquellos campos que hasta este momento se consideraban vedados para tal disciplina.

En dos puntos principales el pensamiento de Mauss contiene un particular interés para nosotros. El primero puede ser su admiración por el pragmatismo, motivo último del interés despertado por la Escuela Sociológica en la sociología norteamericana. En este sentido Mauss se convierte a la vez en precedente de un cierto positivismo y en avanzado de la postura que considera que toda ciencia no aplicable a la mejora de lo existente es mera metafísica. No es extraña tal ambivalencia si comprendemos que en realidad la postura positivista se reduce a la materialista, pero prescindiendo de la capacidad de trascender lo dado que caracteriza al materialismo dialéctico.

El segundo punto sería el de la captación de las relaciones entre la mentalidad primitiva y la actual. Al sustituir la noción de primitivismo por la de arcaísmo—correspondiente a las sociedades sin escritura—, Mauss señala hasta qué punto subyace una misma lógica en los pensamientos arcaico y moderno. Sería preciso que Lévi-Strauss probara que el pensamiento mítico responde a una misma lógica que el científico: «La diferencia no consiste tanto en la cualidad de las operaciones intelectuales cuanto en la naturaleza de las cosas sobre las que dichas operaciones recaen.»

Este primer volumen de las obras de Marcel Mauss recoge varios trabajos suyos escritos en colaboración con Henri Hubert, junto con el libro primero de la inacabada tesis que Mauss escribiera sobre *La oración*, y que el propio Mauss retiró de las Ediciones Félix Alcan en 1909. El título del volumen—*Lo sagrado y lo profano*—muestra bien que todas estas obras pertenecen a la época primera de Mauss, la de su dedicación a la ciencia de las religiones.

Quizá lo más reseñable de los trabajos reunidos sea el ser resultado de elaboraciones críticas de material procedente de otros autores. La antropología francesa se hallaba en esta época en una situación de indudable inferioridad en lo referente a las observaciones de cam-

po, pero la formidable tarea de reelaboración realizada por la Escuela sentaría las bases del método crítico preciso para el estudio de tales observaciones.

En *La oración* Mauss muestra el prejuicio implícito en la creencia de que la oración mental es anterior a la oración ritual. La consiguiente oposición de lo que podríamos llamar las tesis dogmáticas daría buena muestra de los problemas que debería encontrar la Escuela al pretender abordar los problemas religiosos desde su exterioridad. Lo mismo sucede en el *Ensayo sobre el sacrificio*, escrito en colaboración con Hubert, y en el que se prueba la imposibilidad de reducir la institución del sacrificio a un origen histórico común. Por el contrario, lo que define la estructura sacrificial es el «establecer una comunicación entre el mundo sagrado y el mundo profano por el intermedio de una víctima, es decir, de una cosa destruida durante una ceremonia». Tal afirmación se articula con la consideración de que lo «sagrado» es el espacio de lo colectivo, frente a lo profano o individual. El que muchos de los desarrollos basado en tal contraposición hayan sido superados —por ejemplo, la noción de «mana»—, no disminuye su interés de cara a la elaboración del concepto de modelo consciente, y de su recíproco, la estructura inconsciente.—LUDOLFO PARAMIO. (*Raimundo Fernández, Villaverde, 15. MADRID*).

LEOPOLDO ZEA: *América en la Historia*. Revista de Occidente. Madrid, 1970. 256 pp.

Ahora que parece existir en algunos sectores de nuestro viejo continente un sincero y profundo interés por los problemas de los pueblos hispanoamericanos, es oportunísima la divulgación de las páginas del libro del doctor Leopoldo Zea. No sólo por el sutil planteamiento que de algunos de esos problemas realiza el autor, sino especialmente por el hecho de que la mayor parte de esos problemas son la herencia que Europa dejó a los jóvenes pueblos de Hispanoamérica. Escribir una historia de los pueblos hispanoamericanos implica el tener que salvar no pocos obstáculos. Obstáculos, desde luego, no sólo de método o esquematización de índole meramente histórica, sino, por el contrario, de investigación de la propia civilización europea. Los jóvenes pueblos de allende los mares, cosa en la que no es menester insistir, no poseen una historia rigurosamente original —entendiendo por original el haber sido ellos mismos los únicos creadores de sus instituciones sociales y políticas—; por consiguiente, siempre que se anhele

encontrar sus primitivas raíces, es decir, los cimientos de su idiosincrasia, es preciso, quierase o no, proceder al análisis de sus relaciones con el mundo occidental. Estas relaciones, subraya el doctor Leopoldo Zea, constituyen nuestra historia. Advierte el autor que los pueblos de Hispanoamérica han estado siempre condicionados por el peso de su pasado y, naturalmente, les ha faltado *originalidad* para solventar sus dificultades políticas, sociológicas y económicas. El gran problema, pues, de los pueblos de Hispanoamérica estriba en haber mirado excesivamente a Europa y, por supuesto, en haber tomado como modelo, con la ilusión de trasplantarlas a su propio suelo, las instituciones y estructuras de la vieja Europa.

Un sentimiento que el hispanoamericano, no sabemos si afortunada o lamentablemente, no ha abandonado nunca es el referente a su filiación occidental. Este sentimiento, si aceptamos la tesis del autor de estas páginas, solamente ha sido defendida por el pueblo, puesto que, como es bien sabido, las mentes más claras del mundo iberoamericano se empeñaron siempre en que lo importante era adoptar el espíritu de independencia y originalidad que había hecho posible el mundo moderno y sus instituciones culturales, sociales y políticas; este espíritu, adaptado a la realidad iberoamericana, daría a la larga sus frutos, como los había dado ya en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica. La preocupación por establecer en América no sólo el espíritu europeo, sino también sus frutos, era ya vieja en los pueblos iberoamericanos, tenía sus raíces en la misma etapa colonizadora. Y en este aspecto cabe, subraya el profesor Leopoldo Zea, señalar una diferencia respecto al espíritu que animó a los colonizadores sajones de la América en relación con el que animaba a los iberos, especialmente a los españoles. Los primeros, los sajones, buscaban en América la realización de un mundo nuevo que no podía ser realizado en Europa. Se trataba de hombres, igualmente nuevos, esto es, sin acomodo en las viejas sociedades europeas de origen feudal. Muchos de estos hombres veían en América la oportunidad de crear el mundo que habían soñado para Europa. Un mundo nuevo donde habían de tener acomodo sus nuevos ideales. Un mundo en el cual no hubiere que luchar contra viejos intereses creados. Un mundo virgen que podría ser moldeado de acuerdo con los ideales de la modernidad. Así, hombres que se sentían ajenos a los ideales de la vieja Europa cristiana, fuera del orden por ella establecido, se lanzarían a una aventura en la que tenían mucho que ganar y prácticamente nada que perder.

No sucede lo mismo, nos dice el autor, con los conquistadores y colonizadores de las tierras que habrán de formar la América ibera. Estos, los iberos, lejos de quemar las naves del pasado como lo hicieron

los sajones en América, se lanzan a la aventura para crear en el nuevo continente un mundo semejante al que dejan en la vieja Europa, en España y Portugal. La única diferencia es que en este mundo creado por ellos en América tendrán el acomodo que no tienen en el europeo. Un mundo en el cual se pueden crear lugares de privilegio que ya se encuentran tomados en Europa. Un mundo en el cual los campesinos puedan ser terratenientes; los siervos, señores; los peones, caballeros; los villanos, nobles. Un mundo semejante al de la Península Ibérica, pero con otros señores y otros siervos. Un mundo con nuevas cortes, castillos, feudos, tierras y súbditos. Un mundo en el cual el antiguo servidor pueda ser amo. Tal es, concluye el profesor Leopoldo Zea, lo que tratarán de establecer los conquistadores y colonizadores de la América ibera. No se trata de crear un mundo nuevo, sino de reproducir el antiguo para buscar en él el acomodo que no se encuentra en el original.

Excelente filósofo, recordemos que el doctor Leopoldo Zea ha sido discípulo directo de José Gaos, profundiza en extremos altamente sugestivos, como, por ejemplo, en la toma de conciencia que el hispanoamericano tiene de su pasado histórico. El iberoamericano, a diferencia de lo que les acontece a muchos occidentales, quiere saber y conocer a la perfección cuáles son sus orígenes históricos y, sobre todo, con una finalidad ciertamente envidiable: la de cargar con las culpas de la historia. El iberoamericano, y con él el ibero de la Península y, en buena parte, el latino, se resiste a amputar cualquier dimensión de la historia, aunque a la larga, por razones fácilmente comprensibles, acabe realizando, o al menos intente realizar, la más absurda de las amputaciones; a diferencia del moderno que, a partir de su presente y en función con su pasado, se enlaza con un pasado que ahora se encuentra ya a su servicio y no a la inversa. El iberoamericano no; éste, obligado por las circunstancias en que se halla, al no encontrar la conciliación entre el pasado cristiano que ha heredado y el modernismo que anhela heredar, intenta amputar su pasado para hacerse digno del futuro que anhela. Y en esta pugna entre su pasado y su futuro, entre lo que es por obra de sus antepasados y lo que quiere ser en el futuro, agota posibilidades que el moderno ha desarrollado sin preocuparse por una amputación que sabe es imposible realizar.

A fuerza de querer incorporarse a la historia europea, occidental, el iberoamericano —considera el profesor Leopoldo Zea— ha olvidado que la mejor forma de historia sin más es imitar a esa misma historia en aquel aspecto que varios de los próceres de la emancipación mental de Iberoamérica señalaban: la originalidad. Esto es, la capacidad